

---

## CARTA XXI.

---

Diciembre 18.

Imitacion general.—Imitacion de la santidad de Dios.—  
Lo que es la santidad.—La señal de la cruz santifica-  
dora del hombre y de las criaturas.—Imitacion de la  
caridad de Dios.—Lo que es la caridad en Dios.—Lo  
que debe ser en nosotros.—En nosotros la señal de la  
cruz es una señal elocuente y segura.—Pruebas sin  
réplica.

MI QUERIDO AMIGO.

Gracias á la señal de la cruz, cada persona de la  
adorable Trinidad se coloca de alguna manera de-  
lante de nosotros y se deja copiar. Bajo el gran  
nombre de Dios ofrecen á nuestra imitacion todas  
las perfecciones reunidas. Yo escojo dos, cuyo bri-  
llo vivísimo es necesario imitar hoy mas que nun-  
ca: la santidad y la caridad.

La santidad. Santidad quiere decir *unidad*, ex-  
cepcion de toda mezcla estraña. Dios es santo, por  
que es uno. Es tres veces santo, porque es tres ve-  
ces uno. Uno en potencia, porque es infinito; uno  
en sabiduria, porque es infinito; uno en amor, por  
que es infinito. Nada limita ni altera en Dios esta  
triple unidad. Es santo, perfectamente santo, com-  
pletamente santo en sí mismo, por la razon que  
acabo de dar.

Es santo en sus obras. En ninguna puede sufrir  
la mezcla culpable, el desórden; ó, para llamarlo  
por su nombre propio, el pecado. Los ángeles cai-  
dos del cielo, el hombre arrojado del paraíso terres-  
tre, el mundo inundado por el diluvio, Sodoma,  
consumida por el fuego, el imperio romano desplo-  
mándose bajo los golpes de los bárbaros, la gran  
Víctima del Calvario, crucificada entre dos ladro-  
nes, las calamidades públicas y privadas, el infier-  
no con su fuego eterno; otros tantos testimonios de  
la inexorable santidad de Dios en sus criaturas.

Gran leccion que me da incesantemente la señal  
de la cruz! No puedo hacerla sin que me diga: imá-  
gen de un Dios santo, tres veces santo, inexorable-

mente santo, debe ser santo como tú misma, tres  
veces santo, inexorablemente santo, en tu memo-  
ria, en tu entendimiento, en tu voluntad.

Santo en mi alma y en mi cuerpo, santo en mi  
mismo y santo en mis obras, solo ó acompañado,  
joven ó viejo, poderoso ó débil, santo en todo, santo  
por todo, santo siempre: tal es la sublime unidad  
que debo realizar en mí. Oh hombre! tú serás gran-  
de esclama Tertuliano, si llegas á comprenderte á  
tí mismo: *O homo, tantum nomen si intelligas te!*

Pero esto no baste: como Dios mismo debo reali-  
zarla exteriormente. Sobre todo lo que me rodea  
debe irradiar la santidad ó la unidad de la vida.  
Ejemplos, palabras, oraciones, nada en mí que no  
sirva para alejar el mal, el dualismo de mi prójimo,  
imágen de Dios como yo, como yo creada para la  
unidad. Con esta obligacion tan vivamente recor-  
dada por la señal de la cruz, tomarán su curso los  
prodigios de sacrificio siempre abiertos en el seno  
del catolicismo.

Pregunta á nuestras legiones de apóstoles de uno  
y otro sexo quién puso al servicio de bárbaros des-  
conocidos las inteligencias mas nobles, las vidas

mas puras; la sangre mas generosa. Te responderán todos: La palabra del Maestro: Hemos oido al Verbo redentor, ordenando imprimir á todos los miembros de la familia humana la señal augusta de la Trinidad. Inmortal como él esta palabra resuena en nuestro corazon, y donde quiera que quede una frente sin marcar con la señal libertadora, acudamos, trabajemos, muramos.

Escucha al generalísimo de estas legiones heroicas, el San Pablo de los tiempos modernos, Javier. Tú sabes que, por sus trabajos gigantescos, este hombre prodigioso ha conquistado un mundo á la civilizacion y á la fé. Pero qué poderoso resorte animó su valor y el de sus sucesores hasta la temeridad y su ambicion y la de ellos hasta el entusiasmo y la locura. *O Sanctissima Trinitas!* Oh santísima Trinidad! Este grito de guerra, casi tan frecuente como la respiracion en los labios de Javier, te revela el pensamiento comun.

Con su mirada iluminada por la fé, el apóstol ha con siderado á los numerosos pueblos de la India, de la China y del Japon. Los ha visto sentados en la sombra de la muerte y llevando en sus frentes

deshonradas la señal de la bestia en vez del distintivo glorioso de la Trinidad. Enciéndese su celo al espectáculo de esta inmensa degradacion, y de su pecho agitado se escapa el grito de guerra: *O Sanctissimas Trinitas!* Oh Santísima Trinidad! Qué vergüenza para vosotros! Qué desgracia para la obra de vuestras manos!

Y para reparar estas desfiguradas imágenes, grabando sobre todas las frentes la señal divina, Javier se abalanza como un gigante. El espacio se hunde bajo sus piés. Se rie de los peligros, y no conoce otros linderos á su ambicion reparadora, que los límites del mundo. El mundo mismo le parece demasiado estrecho para su corazon y camina lo bastante para darle tres veces la vuelta (1).

Si la muerte no le permite recorrerlo en todos sentidos, señala con el dedo á sus sucesores las naciones que hay que conquistar. Es comprendido su deseo. Llevados en alas de los vientos como dice Fenelon, llegan millares de misioneros á todas las islas, á todos los bosques, á todas las playas,

1. Vida de S. Fr. Jav. t. II lib. VI p. 208-213.

por recónditas é inhospitalarias que puedan ser.

Su primer cuidado será restablecer en la frente del hombre caído hasta en la autropofagia la señal santificadora de la cruz, repitiendo como su gēfe: *O Sanctissima Trinitas!* Que tal es el motivo que anima á los conquistadores del Evangelio, lo prueba que todo su ministerio consiste en marcar con el sello de las adorables personas á las naciones infieles; y despues en conservar inviolable la divina semejanza.

Hace mas la señal de la cruz, santifica todo lo que toca: al hombre y á las criaturas. Ahora bien, santificando á las criaturas despues de haber santificado al hombre, el gua divino lleva todas las cosas á su fin, la unidad. Es un artículo de la fe universal que las señales religiosas tienen el poder de modificar á las criaturas inanimadas: lo hemos visto ya en todo lo anterior.

En el hecho de que semejante creencia es universal, no podria ser falsa. La gran Señora de la verdad la mira como una parte del depósito confiado á su solicitud. Cada dia la practica y enseña á practicarla. Observa, desde hace diez y ocho siglos y

en todas las partes del globo, á la Iglesia católica santificando por la señal de la cruz el agua, la sal, el aceite, el pan, la cera, la piedra, la madera, las criaturas insensibles.

Qué quiere decir teológicamente que la señal de la cruz santifica al hombre y á las criaturas? Por lo que respecta al hombre, no pretendo que la señal de la cruz le confiera la gracia santificadora ó sea un instrumento propio para conferirsela como los sacramentos. Quiero decir que le comunica una especie de santificación semejante á la del catecúmeno, sobre el cual se hace esta señal divina antes del bautismo: "Porque, dice San Agustin, hay diversas especies de santificaciones." (1)

La señal de la cruz es un acto al cual agrega Dios la aplicacion de los méritos de su Hijo, sin darle por eso la virtud del bautismo ó de la penitencia. La limosna no es un sacramento; y sin embargo, segun todos, la confiesan, es una obra buena, piadosa, saludable y santificadora.

1. Non unius mode est sanctificatio; nave et catechumemon secundum quemdam suum modum persignum Christi et orationem manus impositionis puto sanctificare.—Lib. II, De peccat. merit. et remiss., c. CXXVI.

En cuanto á las criaturas, santificar una cosa inanimada no es darle una cualidad física é inherente; es conducirla á su pureza nativa y comunicarle una virtud superior á su naturaleza. De ahí dos efectos de la santificación.

El primero purifica las criaturas en el sentido de que las aparta de las influencias del demonio. El segundo, las hace propias para producir efectos superiores á sus fuerzas naturales. Modificadas así, se convierten en las manos del hombre en instrumentos de curacion, en armas contra los demonios y en preservativos contra los peligros del alma y del cuerpo.

Cuántos sucesos milagrosos podrian citarse, públicos ó privados, antiguos y modernos, debidos á esas criaturas insensibles, pero santificadas con la señal de la cruz! Si en vez de pasar el tiempo enlodándose en las fábulas paganas, en las leyendas gentiles de Roma y de la Grecia, estudiaran las jóvenes generaciones la historia de la Iglesia y la vida de los Santos, conocerian en este particular tus discípulos, una multitud de hechos mas verídicos que los de Alejandro y de Sócrates.

No es solo por la imitacion de la divina santidad, sino tambien por la caridad divina por lo que la señal de la cruz, guía elocuente y seguro, nos pone, nos sostiene y nos impulsa en nuestra vida.

La Caridad. El Dios de quien somos hijos, y del que debemos ser la imagen, es caridad *Deus caritas est*. Esta palabra lo dice todo. Dice todo lo que es Dios en sí mismo y en sus obras. El Padre, siendo Dios, es caridad. El Hijo, siendo Dios, es caridad. El Espíritu Santo, siendo Dios, es caridad. La Trinidad entera, es caridad. Dios es caridad! Conoces un nombre mas hermoso? Y este nombre, la señal de la cruz, cada vez que la hacemos, lo repite á nuestro corazon.

Caridad que quiere decir union y efusion. Entre las tres augustas Personas todo es union y unidad: unidad de poder, unidad de pensamientos, unidad de operaciones, unidad de ventura, unidad de esencia. Nunca viene á turbar una simple sombra de desacuerdo esta resplandeciente armonía. Por qué? Porque un sólo amor, amor inmenso, eterno, inalterable es el lazo delicioso de la Trinidad.

Efusion. Esencialmente comunicativa, la Cari

dad tiende á esparcirse por afuera, y la caridad infinita con una fuerza y una abundancia infinitas. Ahora bien, las obras exteriores de Dios son: la creacion, la conservacion, la redencion, la santificacion, la glorificacion.

Por lo mismo, crear, es amar; conservar, es amar; rescatar, es amar; santificar, es amar; glorificar, es amar. La caridad dimana del corazon. En consecuencia, Dios es corazon. Conoces un nombre mas delicioso? Y este nombre nos lo repite la señal de la cruz cada vez que la hacemos.

Dios es caridad. A tí, como á mí, lo mismo que á todos los hombres, cualesquiera que sean su edad ó su condicion, dice esta palabra lo que debemos ser. Imágenes de Dios, debemos parecérnosle. Parecérnosle es ser caridad, caridad con nosotros mismos y en nuestras obras.

Con nosotros mismos por el lazo sobrenatural de la gracia que une entre sí á todas nuestras facultades, las ennoblece, las fortifica á la una con la otra y las hace tender al mismo fin, la formacion de la perfecta semejanza de Dios en nosotros. En nuestras obras, por el principio divino que unién-

donos á todos los hombres como á los miembros de un mismo cuerpo hace palpar nuestro corazon unísono con el suyo, derramando efusiones saludables en todo lo que le pertenece y realiza este último voto del divino maestro: oh Padre, que sean uno lo mismo que nosotros somos uno.

No dudo, mi querido Federico, de que estos puntos que te será fácil desarrollar, son bastantes para que quede demostrado la importancia de la señal de la cruz como guía del hombre. Si tus condiscípulos tuvieren la desgracia de dudar de esto, diríjeles las siguientes preguntas:

Es cierto, sí ó no, que nada es mas propio que la señal de la cruz para recordarnos á Dios y á la Trinidad?

Es cierto, sí ó no, que el hombre está formado á imagen de Dios?

Es cierto, sí ó no, que el primer deber y la tendencia natural de un ser cualquiera es reproducir en sí el tipo por el cual ha sido formado?

Es cierto, sí ó no, que si el hombre no hace perseverantes esfuerzos para formarse á imagen de Dios, se forma inevitablemente á imagen del de-

monio y de sus pasiones desarregladas; de manera que no haciéndose de día en día mas santo, mas caritativo, mas Dios, se convierte de día en día en mas perverso, mas egoista, mas demonio, mas bés-tia, *animalis homo?*

Es cierto, sí ó no que el hombre tiende sin cesar, sabiéndolo ó sin saberlo, á hacer á su imagen todo lo que le rodea, y que de esta accion permanente proviene la santificacion ó la maldad, el órden ó el desórden, la salvacion ó la ruina de los individuos, de las familias, de las sociedades, de las creencias y de las costumbres?

Por poca lógica que tengan, y sobre todo, por poco imparciales que sean, no dudo de que su respuesta será la que debe ser. Concluirán con nosotros porque nada está mejor formado, ó para hablar en el lenguaje del día, nada es mas profundamente filosófico que el uso frecuente, y muy frecuente de la señal de la cruz.

Concluirán porque ni los primeros cristianos, ni los cristianos verdaderos de todos los siglos, ni la Iglesia católica, ni por último lo selecto de la hu-

manidad se han engañado al conservar invariablemente el uso de esta señal misteriosa.

Concluirán porque el error, la sinrazon y la vergüenza están de parte de los burladores de la señal de la cruz, que al no hacerla, al avergonzarse de hacerla, al mofarse de los que la hacen, se colocan entre la hez de la humanidad, descendiendo mas abajo aún que los paganos, y asimilándose á la bés-tia.

Qué queda, pues, para ellos y para nosotros? Te lo harán saber mis últimas cartas.